UN ANGEL DE ANIME VESTIDO DE MUSELINA Y ARTICULADO CON PALILLOS DE DIENTES

Mary Guerrero

El diablo no duerme. Dicen que se instala en el zaguán toda la noche con los ojos muy abiertos. Dicen que tiene un solo pie que termina en pezuña de macho cabrío y cuando se cansa de apoyarlo, lo levanta y se queda sentado en el aire.

Tiene los dientes curtidos de sarro; cabellos secos, tiesos y enmarañados; ojos como luces de bengala. Cuando los abre, un resplandor de luz neón inunda la casa y entonces no hay necesidad de prender los bombillos. Su cuerpo de cartilagos blandos que simulan la columna vertebral y la osamenta, es tan flexible, que puede colocar la cara hacia la espalda y yéndose, parece que viniera. Para no dejarse ver, se pone transparente como un vidrio o se convierte en otra persona y *dice a andar* por Valera.

Yo nunca lo he visto. Dicen que su lengua se bifurca en la punta como la lengua de las víboras. Su presencia se anuncia con un penetrante olor a azufre; con ruidos de cadenas que arrastra colgando de su única garra peluda; con una voz que cambia y transforma deliberadamente en voz de hombre o de mujer, gruñidos, llanto de *chiche*, lamentos, carcajadas, risas, susurros, alaridos, frases en todos los idiomas y jeringonzas que se oyen a medianoche en el cuarto cerrado. El cuarto que era de tía Leonor.

Si lo veo, lo mato. Agarro el trabuco de mi abuelo y le parto en dos la nariz, le hago cuñapos las nalgas, le tumbo los dientes de un coñazo, le saco los ojos, le apago el candelero que lanza por la boca con un baldé de agua helada, le serrucho los cuernos y los cuelgo del dintel de la puerta para que se asusten todos los *enemigos malos*. Esos que dice tía Sara, andan por el mundo engañando muchachitas.

Dicen que tía Leonor era mala. Cuentan que una noche se fué con un hombre y desde entonces no se ha vuelto a ver por Valera. Cuando se marchó, Satanás ocupó su lugar en la casa, se vistió con su ropa, usó sus prendas y sus perfumes, se comió su comida, se bebió su agua, durmió en su cama y se encerró en su cuarto, pasándole por dentro la tranca a la puerta.

Yo nunca paso por allí. Si me mandan al solar a encerrar las gallinas,

Otelo y Ritin me acompañan, ellos son carniceros. Si el diablo intenta atacarme, a una orden mía los perros lo destrozan.

También me santiguo, si por alguna casualidad tengo que pasar frente al cuarto que era de tía Leonor antes de que *rigorito* se fuera con un hombre.

Desde que el diablo vive entre nosotros, siembra la confusión en la familia y en la casa ocurren hechos sobrenaturales. Cuando aparece, ráfagas de aire cierran puertas y ventanas; se estremecen las matas en las jardineras, la ruda tiniebla y estalla dispersando sus hojitas menudas por el patio. Cae basura en la tinaja del agua potable, hasta que el agua se pone verdosa y se cubre de larvas y renacuajos; se llena de gusanos el café de la manga de colar, los metales se herrumban y los cuchillos se ponen romos e inservibles; tapa la chimenea de horno con bagazos de caña y porquerías, y cuando la humareda oscurece la casa, él trata de aprovechar la ocasión para robarse los niños que no están bautizados. A Cleofe la cocinera no la deja trabajar, jurungándole las tetas y pellizcándole el culo.

Estos sucesos dan testimonio de su visita. Cuando él se manifiesta, tía Sara enciende palmas benditas en domingo de ramos, reza trisagios, prende sahumeros en todos los aposentos para que cojan *contra*.

Lucifer se burla de tía Sara. Le descabeza los santos de las repisas, apaqa los pabilos, mezcla con agua el aceite de los veneros para que no enciendan, revuelve las caraotas con las arvejas, derrama el arroz de los costales, confunde los remedios contra la diarrea, virtiendo santonina y vermífugos en los frascos. Ella enfurecida procura enmendar las maldades del ángel caído con sus conjúros, se multiplica enderezando las cosas que el diablo tuerce. Vive desesperada, como si una inmensa calamidad le hubiera caído encima. La artrosis la encadena a una silla que utiliza como mula para desplazar su cuerpo de niña solterona de un lugar a otro, buscandó siempre un desorden imaginario.

Ella prefirió envejecer al lado de sus santos, antes que imitar a tía Leonor que *Ah rigor! , se fugó con un hombre*.

Desde que ella nos abandonó, las dolencias de tía Sara se han incrementado, le dan males, asfixias, vaporones, sudoraciones profusas, vahidos, virondas y fiebres altas. Usa cataplasmas de mostaza bajo los pies; sinapismos bajo las axilas para aliviar los eternos golondrinos que allí le crecen; ()Se tiñe las heridas con un plumón de gallina remojado previamente en tintura de árnica. Además en el permanente orzuelo de su ojo izquierdo, usa un parche impregnado en aceite de tártago. Todos estos ingredientes le dan el peculiar aspecto de huerto ambulante o de consultorio de brujo.*

Tres veces le han administrado la extremaunción, pues tres veces vino la muerte por ella y no pudo llevársela. La muerte entonces decidió

cargar con otras cosas y algo extraño aconteció: todas las gallinas amanecieron muertas en el gallinero, las flores se marchitaron en las jardineras y empalidecieron tanto que parecían asoleadas flores de papel crepé; los árboles fueron pudriéndose desde la raíz. Los huevos se pusieron hueros y Bocanegra, el cachorro mucuchicero, fué atacado por un enjambre de abejas, hasta que la vida se mudó de sus ojos, dejándolos vacíos.

En cambio, al día siguiente, después de lo que pareció una noche de intensa y prolongada agonía, tía Sara se levantó de la cama, dió un largo paseo por el patio, bebió su plato de caldo y su aguamiel caliente con pedacitos de queso; encendió la radio y escuchó su novela de la tarde, se puso sus zarcillos de oro *cochano*, peinó su desgreñada cabellera y se colocó la peineta de carey sujetándole el moño sobre la nuca. Luego pidió un espejo para contemplar el color rosa que resucitaba nuevamente en sus mejillas.

Este acontecimiento fué considerado como un milagro, habida cuenta, de que la noche anterior en medio de un feróz combate con la muerte, fue necesario solicitar la intervención del párroco para que ayudándola a despejar el camino celestial de los lastres terrenales que siempre entraban las vías al paraíso, la reconfortara con la oración y el sacramento de la estremaunción, facilitándole el trance a una feliz agonía. Al mismo tiempo, otorgándole un sacramento que concede indulgencias plenarias, despeja los senderos del purgatorio, confiere un estado de gracia tal, como si el acreedor de tan codiciado privilegio, retornara al punto inicial de estrenar nuevamente, la historia de su vida; alivia a las almas perdidas en los oscuros laberintos de la muerte, y en caso de que el moribundo sobreviva a esta batalla, aporta al beneficiario devoto, inmunidad perpetua ante ciertos peligros que cotidianamente acosan y asechan a los seres humanos, garantizándole en suma, una prolongada vida.

Dicen que la tía Sara está preservada de morir quemada, de muerte violenta, accidentes de tránsito, naufragios, cataclismos, maremotos y un sinnúmero de eventos fortuitos y de causa mayor. Dicen que puede ser picada de culebras y las culebras se mueren, pues posee la facultad de hacer inocuos todos los venenos.

Su mortaja, fina obra de arte confeccionada por las piadosas manos de las beatas del pueblo, fué colgada de armario, atribuyéndosele cualidades prodigiosas. Una solterona, ya muy entrada en años, que la besó con profunda devoción, al tercer día encontró novio y difundió la noticia a través de un aviso pagado en la primera página de la prensa local.

Demás está decir, que de allí en adelante, la casa se llenó de gente. Al principio sólo se concedió a los amigos íntimos y a los parientes cercanos, el honor de admirar la obra de brocado y filigrana del bordado y de hacer sus peticiones con absoluta reserva. Pero fueron

tantas las aspiraciones colmadas y las gracias concedidas, que resultó imposible ocultar la evidencia a la multitud, y contener el desfile de peticionarios.

Poco a poco el vestido fué poniéndose amarillento y sucio, le colgaron por todas partes dijes de oro, plata, cobre, bronce, estaño y hasta de papel aluminio; al fin alguien tuvo la ocurrencia de trozarlo con tijeras y comenzó a venderlo al público como reliquia; envueltos los trozos en bolsitas de plástico.

Esta acción colmó de molestias a mi padre, quién no podía explicarse el vuelco de lo sacro a lo profano que había tomado el asunto. Los manejos inescrupulosos de algún hábil funcionario, que haciéndose pasar por fiel devoto, se coleaba entre la multitud, para ir despojándonos de aquella maravillosa prenda espiritual.

Cuando papá enfurecido mandó clavar la puerta principal que daba acceso a la sala habilitada especialmente para exhibir el traje, de él no quedaban rastros, solo un montón de exvotos esparcidos por el suelo, señalaban el sitio desde el cual antes había ostentado su gloria. Así sucedió para que la casa volviera a recuperar la calma habitual, las taras negras volvieron a su morada en los viejos rincones y el demonio continuara allí, echando lavativa.

Tía Sara, la reliquia en carne y hueso nos protege de sus jugarretas. Todo el día ando agarrada a sus enaguas. Con ella cerca, yo no le tengo miedo al diablo. Tía Sara lo sabe y aprovecha esta circunstancia para abusar de mi mandándome a hacer todos los mandados. Me utiliza como articulación y coyuntura en aquellas faenas que requieren de la flexión de los miembros: quesipasamesto, que sirecojaquello, quesicojamesto, quesiaquello, quesilotro.

El diablo es un zangano. En lugar de dedos tiene pezuñas de acero, garras peludas, manos de King-Kong; con ellas hace los arañosos y boquetes en la puerta del cuarto cerrado. El cuarto que era de tía Leonor antes de que *malhaya* se fugara con un hombre.

Cuando las rendijas son muy grandes y dejan entrever el interior, papá hace venir un maestro de obras que injerta en los agujeros yeso recubierto con barníz y la puerta vuelve a quedar como nuevecita.

Tía Sara y Cleofe se encargan de alimentar al rey de las tinieblas. Muy tarde en la noche, cuando todos duermen, transportan a escondidas viandas con comida, termos con leche, jarras de agua, pan y frutas y las depositan al pie de un postigo. Al día siguiente las vasijas aparecen vacías o con la comida intacta sin probar, cuando el demonio no tiene apetito.

Cuando están recogiendo la vajilla, "Tía-digo yo- ¿es que el diablo no quiso comer?" y ella "Esas no son cosas tuyas".

Desde hace algunos días tía Sara vive en otro mundo, se ha quedado

sin memoria y su manía consiste en mandarme a cada instante a servirle la comida a los perros, porque olvida muy pronto que acaban de comer.

En la fotografía amarillenta y ajada del álbum, aparece la niña peinada con ricitos dorados al Shirley Temple Style. Su vestido marinero de algodón luce un blanco impecable. Otra instantánea, la muestra alejada del grupo, en primer plano, saltando olas espumosas. Al fondo, tendidos en la arena, los más jóvenes; sentados en sillas de lona rayada, los mayores. El grupo familiar se asolea en la playa, sintonizan la radio de baterías, leen, tejen o juegan a las cartas.

En otra, un grupo de niños en primer plano están ubicados delante de una verja falsa que da a un prado cubierto de florecitas y árboles cargados de manzanas también falsas. Colinas sinuosas y picahos nevados se recortan al fondo en el horizonte bajo un cielo de textura de celofán azul, la más pequeña del grupo, hace esfuerzos por sujetar un gatito con un enorme lazo de tafetán rojo anudado al cuello, en sus ojos se vislumbra una ráfaga de miedo. Los niños son auténticos.

-Mariita, vaya busque la **batea** para que le ponga la comida a los perros.

Fotografías del debut en sociedad, el primer vals, la adolescente caminando entre nubes y sueños ante la mirada lasciva de viejos borrachos. El grupo de adolescentes del cortejo son como ella: ángeles de mirada cristalina; muchachos y muchachas jóvenes, de cuerpos delgados que flotan entre las garras rapaces de los invitados. Muselina, encajes de punta bordada, sedas en tonos pasteles, rosas viejo y pálido, ocre y duraznos tenues, adornan a la joven en otras fotografías recientes.

-Mariita... ¿no me oyó?...siempre embelesada con esas fotografías.

Una mujer así de bella debe tener muchas tentaciones. Ataviada con sus mejores galas, asistiría a las verbenas de caridad organizadas en el Country Club, al entrar al salón...

-Vamos Mariita! Camine pués!, no se haga la sorda.

Millares de abejas se desprenderían de las mesas para sobrevolar en torno a la miel. Sus cabellos de oro antiguo abrirían brechas de luz en la semipenumbra de la pista de baile...

-Ya voy tía Sara, ya voy. Estoy terminando la tarea de aritmética.

Los muchachos deslumbrados y tímidos se acercarían cautelosamente, ensayando sus mejores sonrisas. Dos ángeles de porcelana flotarían de la periferia hacia el centro al compás de un bolero. Rubores y organzas de colores mates y difusos, salpicarían la noche. Ellos de oscuro

parecerían sujetar con los brazos millares de florecitas colgando de la superficie invisible de un chal transparente. Ella, vestida de ángel inocente y perverso, se destacaría entre la multitud, escondiendo secretos que no pertenecen a este mundo, en un rincón de sus ojos azules.

-Mariita. ¡Obedezca! Deje todo lo que esté haciendo cuando yo la llame.

Recuerdo que de dos años para acá, papá quería jugar al escondite con tía Leonor, ella

-Ya va tiita, ya va.

...Se escondía muy bien escondida para que él no la encontrara.

-Ya va tiita, ya va.

...se escondía muy bien escondida para que él no la encontrara.

-Bueno tía, ¿que quiere?

Tanto insistía él, que después también se escondían juntos...

-Ayúdeme aquí con esta olla caliente.

...se escondían muy bien escondidos...

-Quítele primero el bozal para que pueda comer.

para que nadie los encontrara.

-Primero a Otelo, deje a Ritin para después.

Se escondían muy bien escondidos y

-Mire tía, cada vez que les doy de comer a los *güinos* me cundo de *chicuca*.

no aparecían por ninguna parte

-Calmese y sírvales con voluntad...

no aparecían aunque los llamaran

...para que vea que no se cunde más.

Todos busca que te busca

-Le voy a decir la verdad. Cuando vengo al solar me asusto mucho.

...y ellos nada de aparecer.

-El miedo es cosa mala.

Ella se deslizaba con pasos tenues escondiéndose.

-Cosas malas son las que ocurren aquí con el diablo suelto.

El pájaro huía asediado por el cazador...

-Esas son tonterías que dicen.

El cazador lo capturaba, lo sometía a cautiverio

-Si usted no me acompañara yo no vendría para el solar.

el ave era domesticada, se adaptaba al medio, aceptaba su derrota y comía el alpiste del desorden...

-Esas son pendejadas que dicen para asustarla

ya no intentaba huír. De nuevo volvían a esconderse juntos.

-No jote tía Usted cree que yo soy sorda? ¿que no oigo los ruidos de ese cuarto, las lloraderas de niño y de mujer que se forman de noche?

El día que la eligieron reina del liceo, la encontré llorando en la oficina de mi padre. El no la dejó aceptar el reinado.

-Serán los ratones que viven en estas casas viejas y sin platabanda. Los cielos rasos permiten un criadero de ratas, eso es.

La sacó del liceo no fueran los muchachos a hacerle alguna maldad. No la dejó estudiar más. A papá se le puso el carácter tan ácido que cortaba la leche al mirarla.

-Los ratones no hacen bulla tan horrible.

Ella retraída leía, escribía cartas en papeles perfumados y lloraba

-Serán gatos en celo con sus maullidos que parecen llanto de niño chiquito.

No volvieron a esconderse juntos en ninguna parte

-Es el diablo.

Papá le tenía rabia. Ella dejó de peinarse, de bordar pavos reales con sedalinas de colores, abandonó el crochet, el punto de cruz.

-¿Quién carrizo le ha estado metiendo tanta basura en la cabeza?

No tuvo más aliento para reír, salir con sus amigas a la cancha de tenis de El Bolo, ni a la heladería Roma, ni volvió al cine a ver las películas de Marlene Dietrich que tanto le gustaban.

-¡El diablo no existe!

No tuvo más ganas de nada, se le fué el mundo.

-Y esos alimentos que usted y Cleofe llevan todas las noches ¿Quién se los come? ¿quién se bebe esa leche? ¿quién...

Lloraba y lloraba y la barriga se le hinchaba como por arte de magia.

-Tonterías tuyas! Pendejadas de usted!

Un buen día desapareció. Se fugó con un hombre. El enemigo malo aprovechó para mudarse a su cuarto desocupado encerrándose por dentro. Por fuera papá mandó a poner un inmenso candado y entregó las llaves a tía Sara, ella...

-A mí no me engañan, en esta casa le dan posada al diablo.

Las llevaba siempre colgando de su falda. Desde entonces tía Leonor...

-Boberías.

no volvió...

-Mire tía, mañana mande mejor a Micaela a darle los pellejos a los perros

a verse...

-Mariita, vaya busque la batea para que le eche la comida a los perros más...

-No hombre tía, le dije que mandara a Micaela, ahorita estoy haciendo las tareas.

nunca.

-Pero muchacha, no le eche la comida tan caliente, espere a que se les enfríe, ¿no ve que se les puede quemar el hocico?

-No es que me cueste hacerle el favor. Tengo mucho miedo. Anoche el diablo no dejó dormir a nadie.

-Esas pesadillas le dan cuando se acuesta después de cenar sin esperar a que le haga la digestión.

-Una cosa si le voy a agradecer tía, mañana mande mejor a Micaela. Yo no puedo hacerle más este favor.

El diablo debe estar enfermo. Desde hace días no quiere comer. Su altanería y agresividad ha ido cediendo. Ahora se oyen débiles quejidos. Rehusa todo alimento. En medio de su desesperación arroja objetos por el aire, golpea los muebles con sus puños, destroza espejos y cristales y con sus uñas ha desgarrado tanto la madera de la puerta, que ya puede verse el interior de su alcoba. Tantas grietas imposibles de cubrir, sin embargo, ¿quién tiene el coraje de mirar adentro? La noticia parece sumir a todos en la tristeza, dejándolos como piezas dispersas de un rompecabezas que no encajan en ninguna parte.

En cada habitación tía Sara ha dejado incienso, estoraque y sándalo encendidos.

El rey de las tinieblas no puede quejarse. Ha recibido el trato de un digno huésped, le han brindado muchas atenciones, han sido obsequiosos y benevolentes ofreciéndole hospitalidad, ropa y alimentos. Todos se han encariñado con él y hasta les preocupa su estado de salud, su anorexia, su pasividad repentina.

Papá anda como sonámbulo, de vez en cuando convoca consejos de familia en la biblioteca, discutiendo como único tópico: la enfermedad del pobre diablo.

Y yo que creía que el diablo era invencible, ahora resulta que la muerte nos lo está reclamando.

Todo es trajín, trasnocho, viciilia, insomnio, desvelos. Tía Sara siguiendo siempre el esqueleto de la silla que entra en las habitaciones anunciándola, camina afanosamente, habla en voz alta y derrama, con

el agite, los bebedizos de sus escudilla.

Velas prendidas en los altares, ajetreos, vaivenes, infusiones, vaporizaciones de día y de noche en el dormitorio de Satanás.

Adentro su respiración profunda y rápida, su respiración de animal herido, parece fundirse al silencio sobrecogedor.

Ya nadie se cuida de la curiosidad. Los movimientos familiares se concentran en torno a un solo objetivo: ¡El pobre Lucifer está enfermo!

Papá a veces se detiene ante la puerta, esperando oír una señal definitiva y - es entonces, que Luzbel pretende sacar fuerzas ocultas para increparlo con furia: blasfema, maldice y lanza improperios en un lenguaje ininteligible. Papá se aleja apesadumbrado y confuso, mirando a todos lados, como temiendo que sorprenden en su rostro algún gesto de ternura.

El príncipe de la noche no habla. Han cesado su rabia y su dolor. Ya nada puede hacerse con collares de ristras de ajo, eucalipto, aceite alcanforado e ipecacuana. Cuando se agotaron los recursos caseros, decidieron llamar al médico. El médico entró en el dormitorio, lo examinó minuciosamente. Al rato salió anunciado: "La criatura no tiene remedio. Murió hace algunas horas".

Consideró conveniente reunir a toda la familia en la biblioteca "Tengo asuntos muy delicados que tratar" -advirtió.

Allí les habló de clorosis, de deshidratación aguda, desnutrición, marasmo profundo, tristeza extrema, melancolía, estados crepusculares, y de las pésimas condiciones higiénicas y físicas del demonio. "Han solicitado el auxilio de la ciencia demasiado tarde" -sentenció en tono recriminatorio.

Ordenó abrir las puertas y sacar al diablo afuera, para satisfacer su último deseo: ver la luz, el sol, el cielo, los árboles, los pájaros, las flores, las mariposas. Continuó señalando aspectos relacionados con el lamentable estado del paciente, con voz acusadora. Su deterioro orgánico, el encierro, la falta de asistencia, su debilidad extrema, sus delirios, la ausencia de amor que lo rodeaba, para aclarar finalmente, que muy pronto el demonio recorrería el sendero de la muerte. Era imposible el esfuerzo de la ciencia, por devolver la salud a aquél cuerpo abatido por la derrota y en fin, afirmó, que el diablo se negaba a vivir.

Cumpliendo su orden, el demonio fué conducido en una silla de mimbre con cojines de cretona floreada e instalado en el centro del patio entre las macetas de geranios y las trinitarias. La estela de su aliento venido del averno saturó la tarde. Por más que intentaron, no pudieron arrebatarle el bulto que tenía apesadumbrado en los brazos, sus dedos largos y apergaminados, semejantes a velas de cera derretida, estaban engarfiados en un par de piernas delgadas, que asomaban entre los trapos sucios.

-¡Dejénlo! - autorizó el médico- ya está agonizando.

Escurriéndome entre la gente, pude acercarme y ver por fin al diablo. No se parece a la imagen que viene en los cromos de mi álbum de Historia Sagrada, en el cual lleno de poder y vitalidad intenta seducir y tentar a Jesús en el desierto. Aquí es la pobre estampa desdibujada de algo que tuvo vida. El diablo tiene el don de la ubicuidad. Ahora presenta un aspecto moribundo y marchito.

Tiene puesto un vestido de organdí rosa pastel desleído. Lleva todas las alhajas de mi tía Leonor, sus anillos de esmeralda, sus brazaletes de oro, sus collares de perlas cultivadas, sus cadenas, sus prendedores de mostacilla. En medio del mal olor que expulsa su aliento y su cuerpo, se destaca la fragancia del perfume francés que ella usaba.

Su largo cabello rubio, tiene las tonalidades del trigo seco, es duro como el alambre y lleva adornando la cabeza, una magnolia confeccionada en terciopelo y raso.

Su cuerpo cubierto de polvo, igual que los muebles y objetos que nunca son sacudidos, es excesivamente delgado. Ya no necesita el corpiño que lo ajusta y que sobresale en mi cintura por encima de los encajes del armador.

Parece un pálido ángel de celuloide, desprendido del cielo de algún pesebre de pueblo, pobre ángel de yeso revestido con engrudo teñido con anilina y brillantina para ocultar sus secretas imperfecciones; piel de ángel de cera. ¡Pobre ángel moribundo articulado con palillos de dientes!

El tinte calizo de su piel, empalma retazo a retazo la superficie de aquél ángel-demonio de cartulina. Ocultos en la profusión de telas, chales y mantillas tejidas, los miembros delgados, los huesos machihembrados unos con otros desordenadamente pretenden encontrar su autonomía en aquella especie de caos anatómico.

Los ojos apagados, sin fuego brasas ni chispitas, miran desde una opacidad azul algún punto clavado en el vacío.

Los brazos oprimen un trozo igualmente pálido de algo. El demonio tiene un par de piernas y dos pies ocultos dentro de los zapatos de satén negro. Allí adentro quizás estén sus garrás peludas, sus pezuñas de macho cabrío decoradas con esmalte de uñas.

Todos sienten cariño, compasión y ternura por él. Los rostros familiares graves, serios, los ojos salpicados de lágrimas así lo confirman.

Cleofe se arrodilla a su lado, intenta recomponer en la cabeza la torcida magnolia, arregla los pliegues del vestido, intenta colocar en una pose más humana al moribundo, como si esperara que una cámara oculta estuviese preparada para disparar flash de pronto se retira,

retrocede espantada como si el contacto con el diablo la hubiese quemado, da un grito.

El diablo ha muerto.

Hoy será enterrado en la metropolis de Valera en medio del llanto y el dolor de toda su familia.